

Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica
Antología 1917 - 2000

Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki

Capítulo 11

Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

DESDE EL EXILIO

A Carmen Ollé

1

Miro los ojos atentos de Gonzalo y me pierdo en dos pozos negros, insondables. Manotea sin cesar; en él la vida es movimiento puro. Acción. Me pierdo en sus ojos y me alejo; mi mente vuela dejando mi cuerpo inmóvil. En qué momento perdí la libertad, en qué momento dejé de saltar vallas y permanecí contemplándolas. La casa huele a coliflor y ajos, pero hay silencio. Una aparente paz. Mi inmovilismo la convierte en un sanatorio. La indecisión de mis pasos impide al extraño ver una escena de normalidad cotidiana. En qué momento perdí el ritmo, cuándo abandoné la carrera. Qué nostalgia ahora el jardín de la casa materna, el triciclo oxidado, el silbido del viento en las ventanas apolilladas. El domingo fui allí a recobrar, a sentir que yo alguna vez había existido. La casa estaba vacía, poblada de fantasmas. Fantasma era mi madre sentada en un sillón mirando a través de la ventana. Fantasma los hermanos y sobrinos; presencias sin alma deambulando por los corredores de la infancia. Mi hermano encontró una bolsa con antiguas cartas. Ávidos nos pusimos a leerlas; ahí estaba la prueba de que había un pasado en común, cuando andábamos sueltos buscando las señales que no encontraríamos. Nos desconcertamos. Mi hermano dijo que pondría una tienda para vender ropa de última moda. Yo miré a Gonzalo sentado en su coche frente al espejo y tuve ganas de llorar. No lo hice; en cambio, me tendí sobre la cama y me dormí.

Durante el regreso trataba de darme ánimos; cuando algo se acaba es porque algo comienza, me decía. En verdad, comenzaba la vida de Gonzalo, pero yo me sentía dentro de un sueño. ¿En qué momento se terminó el día? ¿Cuándo entré a vivir el sueño? Pero esa noche no pude dormir. Recordé las calles. Estaba exiliada de mi propia vida. Mi vecina, la costurera, pasó toda la noche trabajando. Cada vez que me levantaba a beber un poco de agua, veía el fulgor de la luz de su casa sobre el comedor de la mía. Trabaja mucho y su vida es gris. Hace un mes que yo no escribo una línea y mi vida también es gris. Una vez perdido el amuleto, la suerte está echada. Eso no evita que sienta un indefinible malestar

cada vez que veo su luz encendida durante la medianoche. Yo suelo pasarme toda la noche pensando inmóvil, pensando y recordando. Nada puedo construir ya, solo exorcizar el pasado. Tengo una llave que abre las puertas que alguna vez cerré... y no abre nuevas puertas. Una vez perdido el amuleto... pero tengo un hijo, una criatura que nació de mí y que veo crecer hora tras hora. Afuera está la incesante lucha, dentro de mí una batalla más despiadada se desarrolla.

Ayer vino mi tía a visitarme; trajo un kilo de azúcar, melocotones y su eterna carga de preocupaciones. *¿Y qué haces? ¿Estás escribiendo? ¿No escribes? Fíjate en tus hermanos; ellos sí saben hacer las cosas bien, no tienen carencias. En cambio tú, siempre envuelta en problemas. ¿No lo ves? Por eso tengo que ayudarte. Te compadezco porque no tienes el talento necesario para vivir. Y yo explicando, demostrando que sí, que tengo capacidad para elegir, que no soy como ella ni como la gente que conoce, que amo otras cosas. Es igual: nací con el estigma de los seres indefensos. Todo lo que ocurra con mi persona la moverá a compasión. A veces me pregunto cuántas veces me traicioné tan solo por cambiar esta imagen que de mí tiene. Y siempre fracasé, siempre ella ganó. Es cierto: a mí nadie me amó; todos me clavaron cuchillos por la espalda. Siempre. Hasta que me escondí en esta casita, en mi sanatorio privado. Soy la vergüenza de una familia cuya naturaleza la obliga a lamentarse de cada instante de su existencia.*

Y el dinero, he ahí el gran problema. Debería preocuparme de eso si no quiero provocar compasión. Mira a tu alrededor, me dicen; mira cómo todos luchan hasta desangrarse por vivir con comodidad. El dinero mueve al mundo, me explican. *¿Cuándo entenderás de qué se trata la vida? La angustia entonces me corroe. Ya no puedo leer, no puedo escribir, paso los días durmiendo, me preocupo por mi aspecto físico, por mi casa amoblada con todas las vejeces que la familia quiso botar. Me duelen los pies al caminar, necesitaría un automóvil. Leo una revista que es el símbolo de estos tiempos, cuando el oropel triunfa sobre la llaneza. Pienso que yo debería contagiarme de ese brillo, frecuentar fiestas hawaianas, vestir disfraces rutilantes y ser alguien que sabe disfrutar de la vida, a pesar de los niños que tocan a mi puerta pidiéndome comida. Entonces decido trabajar por un sueldo y empiezo a sentirme próximo al suicidio. Una carencia, es todo lo que me ocurre, una carencia fundamental.*

Sin embargo, ayer en la mañana cuando salí a pasear con Gonzalo por el parque y vi los árboles verdes por la lluvia de la noche, el pasto húmedo en un día de niebla y resolana, volví a sentir la magia de la vida. Había un silencio de tareas nobles, una atmósfera de destinos que se cumplen cabalmente y ese ins-

tante, a mitad del paseo en que me recobré, entendí que estaba en mi lugar. Y estaba ocurriendo todo lo que debía ocurrir. Poco después un muchacho de aspecto muy tímido me siguió y me dijo que lo iban a llamar a mi teléfono. Estaba tan apesadumbrado que no me percaté de lo peculiar de la situación. Yo no sabía quién era. A los pocos minutos una voz de mujer joven preguntaba por él. Lo fui a llamar al parque y con toda naturalidad el muchacho habló delante de mí. Un par de jóvenes en problemas; una huida, un aborto, voces alarmadas. Todo esto también tenía que ocurrir una mañana de niebla en noviembre. El muchacho salió de mi casa y su historia es ahora una de los millones de historias que se están desarrollando allí cerca en el parque. No vayas a hacer nada sin mí, le advirtió el muchacho a la muchacha, y es seguro que cada cual actuará según su naturaleza, tomarán sus propios rumbos y quizá pronto se recuerden sin amor. La vida de cada persona la constituyen solo los grandes instantes. Toda una vida puede cambiar con un gesto, en el momento preciso. No creo en la continuidad, la rutina, el comportamiento de hormiga: no somos insectos, sino entes opacos que de pronto se iluminan y vuelven a apagarse y toda la vida es eso: búsqueda de luz.

Yo recuerdo muy bien esos instantes. Mis cinco años en la habitación de mi madre. Mi hermana mayor y yo mirándonos en el espejo y de pronto esa sensación de un rayo electrizando mi cerebro. Ella no es yo, ella es otra, me decía perpleja y luego preguntándose, quién eres, qué sientes tú de no ser yo y ella mirándome extrañada para luego verse reflejada en el espejo, señalarlo y decirme risueña: yo soy esa. Era la soledad, la soledad, mi compañera. Miré el mar gris del invierno y comprendí que ya no había retorno. Por primera vez, sentí miedo. Desde ese entonces tengo la misma sensación cuando veo el mar en el invierno. En cambio el mar del verano me trae la nostalgia de mis primeros años, cuando el universo era yo.

Pero debe ser cierto: me han acuchillado por la espalda. Inciertos enemigos me han llevado de las narices hacia el borde del abismo. Y aquí estoy: treinta años, todos los sueños derrumbados, menos uno, el imperecedero sueño de ser yo. Un milagro. Y puesto que decidí que la literatura sería mi arma, ahora me impongo escribir. Debo dinero a la vecina, al verdulero. Podría escribir algunos artículos literarios para ganar algunos soles. Pero esta es una situación límite. Una no puede vivir treinta años de su vida aferrándose a algo que nunca ha visto. Mis libros, mis inexistentes libros, tendrán que aparecer aunque para ello tenga que dejar de comer. En todo caso no ha de suceder; por algo Pedro hipo-

teca su vida diariamente. Por algo hemos construido esta pequeña canoa cimbreante que flota en un río de pirañas. Y no llegamos a caer en la tentación de pasar al yate del prójimo y no caemos tampoco en los dientecillos de los peces. Sale a trabajar todas las mañanas con los bolsillos de los pantalones descosidos, la camisa zurcida por él mismo, pero está lleno de ánimos. Su imagen me paraliza durante una hora y me revuelvo en la cama sin saber qué hacer. Todo ese tiempo perdido y escribir, escribir, suena a algo muy abstracto cuando tienes un marido que sale a luchar todas las mañanas para poder subsistir. En la casa, los olores de la comida me marean: culantro, ajos, coliflor. Y sin embargo, son los mismos olores de mi infancia.

Miro los insondables ojos negros de Gonzalo y recuerdo otros ojos. Estoy ante el espejo: todavía soy una adolescente. Me miro fijamente mis cabellos escasos pero largos, mi larguísima nariz. Me digo asustada y agresiva, desde hoy ya no serás virgen, desde hoy cambiarás. Siento miedo. La reputación de una mujer es como el espejo, si se acercan mucho a ella, se empaña, me dice mi madre. Y yo, recordándolo, me acerco y empañó el rostro en el espejo de mi habitación. Estoy preparada, ropa interior nueva, perfume, nada de maquillaje. Esto no impide que me sienta una víctima. Es una mañana de abril y el sol hace brillar mis cabellos al salir de la casa. Mi madre me ha pedido que le haga una gestión en el banco. Me despido de ella con un beso y soy Judas. La traicionaré, le haré daño al acostarme con un hombre, seré una puta. Siempre nos ha dicho que el sexo es asqueroso y que las mujeres superiores, como deberemos ser nosotros, son frías. Me rebelo: estoy entre él y ella.

Paseo un rato por el malecón antes de decidirme a ir. Estoy preparada para el gran momento, pero algo en mí se resiste. Me siento forzada. Nada es espontáneo. Me encamino hacia su casa; a esta hora él ya estará solo. Golpeo la ventana de su dormitorio, tímidamente. Él aparece envuelto en una gran sábana blanca. Parece un monje tibetano. Se pone muy nervioso al verme; se excita y corre hacia la puerta haciéndome señas para que me dirija hacia allá. Lo sigo hasta su habitación. Está desnudo bajo las sábanas y cuando se recuesta, se descubre mirándome sonriente. Siento náuseas y no quiero ver esa carne colgante. Miro hacia el estante de libros y él empieza a conversar aparentando tranquilidad. Luego me ruega que me acueste junto a él. Me disculpo diciéndole que solo venía de paso, que tengo que salir al banco por encargo de mi madre. Me siento una estúpida; no creo en lo que estoy diciendo y él empieza a impacientarse. La situación entonces se torna cómica y yo deseo desaparecer. Empiezo a enfurecer. Me levanto, consciente de que estoy actuando y empiezo a desnudarme a la par que amenazó; él me mira perplejo. Lo sorprendí, suda de nervios. Me acuesto en la estrecha cama, nuestros cuerpos se tocan. Siento que voy a ser operada, una

enfermera me inyectará una droga. Se sabe encima de mí y forcejeo. Estoy paralizada. Finalmente me dice perdóname y yo siento un gran alivio; no sé lo que ocurrió, pero sigo virgen. Ahora nos bañaremos en la tina como se ve en las películas. A mí me repele esa intimidad fingida. Salimos a la calle y me compra un regalo. Al despedirnos, me ruega que no comente con nadie que no llegamos a copular, y nuestra relación que siempre fue literaria, siguió su curso a pesar de ello.

Una mujer que cuida su casa termina siempre por volverse invisible. Sucede lentamente, sin que ella lo note. Vive en una constante agitación, atendiendo a los hijos, limpiando la casa, lavando y cocinando. Por eso es casi imperceptible para ella su propia metamorfosis. Hasta que llega a los cincuenta años. Esta edad que sería ideal para la cosecha, en la mujer es la edad del abandono, de su consagración como mujer invisible. Se torna en una reliquia. Se ha ido mimetizando con los muebles de su casa y su anonimato es por cierto el más escandaloso de todos. Protectora de seres preocupados en sí mismos, solo nota su terrible soledad cuando las presencias físicas se han marchado. Pienso esto ahora que paso todo el día con Gonzalo esperando la hora del almuerzo y luego la hora de dormir. Mi madre está ahora sola en su vieja casa y a veces me olvido de su existencia. La he llamado esta mañana. Me dice que está mareada, que siente angustia. Cuando sube a los altos de la casa, siente que va a perder el equilibrio. Es cierto: una mujer acostumbrada a estar rodeada de niños que tiran de sus brazos y faldas, siempre en medio de presencias que exigen actitudes de ella, finalmente las toma como la vara de un equilibrista. Una vez desaparecida la vara, se pierde el equilibrio. Mi madre está a punto de caer porque necesita una muleta. Ahora me sucede lo mismo con Gonzalo. Por eso he optado por no salir de mi pequeña casa, de mi sanatorio.

He pedido dinero prestado y, cuando lo hacía, fantaseaba con el proyecto de estar trabajando. Me imaginaba como una periodista estrella, viviendo la vorágine de los acontecimientos políticos, arrastrada por el vaivén del mundo. Pronto deseché la idea. Ciertamente quiero dejar al mundo correr sin mí, quiero abstraerme, vivir en un paréntesis hasta descubrir el misterio que llevo dentro. Para eso escribo: para desentrañar. Esto que me obsesiona es, pues, mi carencia. Esta carencia me paraliza y es por ello que provocho en algunos casos desprecio, en otros compasión. La gente a menudo intenta sacudirme. Yo la miro desconcertada, ignórenme, les digo, soy invisible, pero inevitablemente sus tretas me provocan angustia. Pero lo entiendo: nos han programado para vivir

en una atmósfera de oropel y el amor a las imágenes se sustituye siempre por el verdadero amor.

Miro los insondables ojos negros de Gonzalo, su oscura tez, sus rasgos tan ajenos a los míos. En ellos veo mi esperanza, mi anhelo de sentirme perteneciente a alguien. Porque esta sensación de ser ajena a todo lo que me rodea, me ha perseguido desde siempre. He visto a innumerables personas actuar en torno a mí, envolverme sin poder participar en mi propia vida. Se me ha implicado en todas las escenas sin que yo actuara. Me he dejado arrastrar por ellos, los actores. Por eso escribo una novela en la que el único personaje soy yo; el resto son fantasmas, apariciones fugaces. A veces intenté las justificaciones, los razonamientos, esas pequeñas trampas que te enredan aún más con el prójimo: fracasé, fracasé ante ellos y ante mí mismo. Entonces continúo paralizada, no escribo. Para probarme escribo, me describo. Si se puede hablar de alguien, ese alguien es real. Estoy pues empecinada en ser.

Durante mi adolescencia, entre dos hermanas bellas y con aplomo, pronto me descubrió etérea. Mientras en otros seres la vida se desarrollaba hacia fuera, yo era casi invisible. Era todos los personajes de los libros que leía y todos los libros. Y mientras mis hermanas se miraban en los espejos para constatar lo que el mundo les decía que eran, furtivamente, en el silencio de la noche, yo lo hacía para interrogarme, para saber si existía o no. Y cuando a fuerza de raciocinio aceptaba mi ser, el mundo se encargaba de desaparecerme. Pero no era mi figura la invisible: era mi ser inexistente. Era la presencia ajena. Y ahora, solo ahora tengo tiempo para pensar en ello y no sé si es peor esto que no tener tiempo y moverme por todos los lugares con el pensamiento que oprime, con el miedo a que ese pensamiento me invada. ¿Qué somos sino un único pensamiento que vuelve y vuelve? Yo seré siempre ese pensamiento descubierto a los cinco años, cuando me interrogaba al espejo. Ese pensamiento de duda constante que me hace huir de todo. La indecisión que me ha convertido en una mujer invisible, que me ha acorralado en esta casa-sanatorio.

Gonzalo está sentado frente a mí y a la máquina de escribir; me interrumpe a cada momento con sus pequeños gritos. Le alcanzo la cucharita de mi taza de café porque ya lanzó lejos de sí todos sus juguetes. La observa sorprendido. Es la primera vez que tiene una cuchara entre sus manos, torpes aún. La descubre,

la mira, la voltea, la lleva varias veces a la boca en todas las posiciones. Cuando la ha probado lo suficiente, la suelta. Para él solo existe el presente; para mí, lo que fue y no podrá volver.

Que nuestra imagen sea un reflejo fiel de nuestro ser, es lo que han perseguido siempre los sabios. Durante mi adolescencia buscaba este perfecto ensamblaje, constriéndome, reduciendo mi mundo. Aparté de mí las tentaciones mundanas para no mentir; para ser verdadera. Habitaba un cuarto muy oscuro en la azotea de la casa de mi madre, rodeado de novelas y poemas. Salía a pasear mirando la luna y me sentía completa. Era completa. Tanto que jugaba con la muerte diariamente. Hablaba sola, el futuro no existía. Lo negué todo menos a mí misma y por ello intenté varias veces el suicidio. Luego fui arrancada como una mansa palomita de mi pedante autosuficiencia. Entonces lo acepté todo y yo me negué. Volví a preguntar como a los cinco años al espejo, quién soy, quién eres. Los hombres siempre me dieron respuestas maravillosamente inconsistentes y fue una delicia vivir esas ilusiones a destiempo. Fui una diosa, una musa, una lúcida intelectual en los ojos de otros.

Ahora, a los treinta años, me impongo una tarea de la que aún no me siento capaz. Sin embargo, no he encontrado la señal, la llave maestra que descubrí en mi infancia. Quizá llegue a los cuarenta intentando empezar nuevamente. El almuerzo ya está casi listo; he echado hierba buena al guiso.

(De *Desde el exilio y otros cuentos*. Lima: Ediciones muñeca rota, 1988)